

## ESAS VOCES

Yo oía todas las noches a mi abuela Remedios, que vivía con nosotros, hablar a un crucificado que tenía encima de su cama. Primero rezaba, pero luego comenzaba a pedir para toda la familia: que tuviéramos salud, que no echaran a mi padre del trabajo y cuestiones así. A mí, siempre me sorprendía como una figura de madera podía absorber todas esas peticiones, noche tras noche. Una vez se lo pregunté a ella. Dijo que Él estaba allí, pero que en realidad estaba en todas partes y que muchas personas, a la vez, le rezaban así. No me convenció mucho la respuesta. Todas esas personas hablándole al mismo tiempo tendría que ser una algarabía incomprensible.

Mi abuelo Lorenzo, en cambio, hablaba con la televisión. En concreto cuando había fútbol o toros. Corregía las posiciones de los jugadores, o se empeñaba en decirle al torero qué tenía que hacer. También le pregunté a mi abuelo que porqué le gritaba a la tele si ellos nunca lo escucharían. Me contestó con una mueca de fastidio. Entendí que cuando hablaba con aquel aparato no debíamos molestarle ninguno. Decidí abordarlo en una merienda y le volví a repetir la misma pregunta. “*Todo el mundo lo hace*” me contestó. Yo pensé que si todo el mundo daba instrucciones a los jugadores, o a los toreros, éstos deberían terminar exhaustos y sin saber qué hacer.

Mi madre, por su parte, hablaba con el perro que teníamos, Rocky, un pastor alemán. No sólo se dirigía a él, para reñirle o que se estuviera quieto, sino que en ocasiones, en voz alta, mi madre le decía “*¿Qué hago de cenar hoy, Rocky?*”, o delante de la luna del armario le preguntaba “*¿Me pongo este vestido largo o éste más cortito?*” Un día, se me ocurrió también preguntarle a mi madre porqué hacía aquello, preguntar a Rocky sabiendo que lo máximo

que le podía responder era con un gruñido o un ladrido. Mi madre, al principio, negó que hablase con el perro. “*Tonterías, ¿cómo voy a preguntarle a Rocky que vamos a comer hoy?*”. Así que tuve que esperar una semana antes del 24 de diciembre para pillarla *in fraganti*. Con el bolígrafo en la mano y un libro de recetas de la revista Pronto en la otra, le volvió a preguntar a nuestro perro “*¿Qué hago para Nochebuena, carne o pescado?*”. En ese momento, tuve que intervenir. “*¿Lo ves, mamá? Acabas de preguntarle a Rocky qué vamos a cenar*”. Mi madre sonrió, me acarició la cabeza y me dijo que en realidad estaba hablando para ella misma.

Un día quise ir al cementerio, tenía mucha curiosidad. Insistí tanto que, un domingo por la mañana, mi padre accedió y le acompañé hasta el camposanto. Me pareció un lugar muy hermoso, lleno de flores, pájaros trinando y un ambiente tan tranquilo como el de la biblioteca.

Mientras miraba las inscripciones de las lápidas, un señor muy alto y con cara triste, se puso a reñir a un nicho que tenía enfrente: “*¿Por qué te has ido? ¡Te empeñaste en ir con ese imbécil en su coche! ¡Hijo mío!* ” Le pregunté a mi padre el motivo por el cual ese hombre le estaba hablando a una piedra o, como mucho, a un esqueleto. Tragó algo de saliva y me contestó: “*Cuando nos duele algo, a veces, si hablamos, nos curamos un poco*”. Puede ser que haya sido la frase más poética dicha por mi padre en toda su vida.

Una vez leyendo una historia sobre la antigua Grecia, descubrí que los hombres iban hasta el Oráculo de Delfos y si escuchabas voces eras un afortunado. No sé en qué momento, que yo las escuchase en mi interior, me había convertido en un ser raro.

Seudónimo: Librero